



OPINION



He recibido este libro de Marino Gómez-Santos —ese gran asturiano periodista que se ha especializado en el difícil arte de hacer biografías— con ilusión, porque me interesa muchísimo la personalidad de Santiago Martín. Quizá piense que las biografías de Marino Gómez-Santos son excesivamente dialogadas, pero lo que con ello pierden de detallada documentación lo ganan en agilidad, y, además,

así cada uno puede hacerse su propia idea del ser dibujado en rasgos literarios.

Tengo que confesar, en principio, que por mi inclinación humana hacia este nuevo biografiado de Gómez-Santos, desde el primer momento he puesto mayor fruición en su lectura que en el anterior libro que el mismo autor publicó con esta misma Editorial Escelicer, S. A., el de El Cordobés. ¿Por qué? Dejando aparte las consideraciones artísticas, yo confieso que me atrae mucho más la figura humanística del de Vitigudino que la exótica del de Palma del Río.

Cierto es que con Santiago Martín he hablado muchas veces y siempre he quedado magníficamente impresionado por su gesto, por su afabilidad, por su corrección y el gran cuidado que pone por interesarse por todo lo que al interlocutor pueda interesarle a su vez. Santiago es un hombre de una gran dimensión humana. Sin embargo, no conozco a Manuel Benítez Pérez nada más que como torero él y yo espectador, o a través de lo mucho que sobre su persona se ha escrito y que yo he leído en su mayoría. Sólo sé de sus excesos, de su prolongada campaña publicitaria, basada en caridades más o menos sinceras y de sus fotografías como torero y, a veces, como nudista. Me gusta, sin lugar a dudas, mucho más la sobriedad de Santiago, su justa seriedad y su sincero trato.

En el libro de Marino Gómez-Santos se habla de personajes fundamentales en la vida de El Viti y, entre ellos, se cita a dos que tienen una influencia decisiva en la continuación de la vida taurina del torero, cuando, después de presentarse en Vista Alegre, en Madrid, fue a Francia y allí sufrió una gravísima fractura en el codo izquierdo. Luego hablaremos de los que impulsaron los primeros pasos del torero, pero tengo prisa por señalar a los que hicieron posible que la mano de los éxitos volviera a empuñar esa muleta que tantos triunfos ha proporcionado al torero charro. Tengo prisa por citar a don Tomás Epeldegui y a su ayudante, el doctor González Peña. Ambos consiguieron que el brazo de Santiago volviera a tener juego. El agradecimiento de Santiago debe de ir parejo al mío, hacia González Peña, que hizo posible que yo volviera a andar normalmente. Y lo recuerdo en esta ocasión porque, cuando yo estaba escavolado a raíz de un accidente que sufrí, Santiago Martín vino a visitarme, acompañado de José Luis González-Peña. Santiago iba a torear a Barcelona, pero, al enterarse de mi percance, se apresuró a acudir a mi casa para interesarse por mi estado. Eso no lo puedo olvidar yo. Y ello me da motivo para ensalzar sus virtudes.

En esta biografía se habla poco de toros. Casi parece que lo indispensable. A El Viti no le gusta que lo traten como figura. Por eso prefiere hablar del campo, de su pueblo, de sus amigos, de los que le ayudaron.

A Santiago le gusta pintar, y aprovecha un descanso para ir con el periodista a visitar el Museo del Prado. Se admira ante la pintura

de El Greco, Goya y Velázquez, y afirma que le domina la sana pasión de leer, sobre todo poesía y cosas filosóficas. No me sorprende. A este torero no lo concibo yo retratándose semidesnudo, tumbado indolentemente en una cama.

Hay tres personajes más que influyen de manera decisiva en la vida de Santiago Martín. Dos de ellos son don Baltasar Martín, el padre del torero, y don Manuel Francisco Garzón, el ganadero que dio las primeras oportunidades al de Vitigudino. Con ambos coincidí yo en una corrida celebrada el año de 1964 en Plasencia, en la que toreaba Santiago. Don Manuel Francisco presenció la corrida con mucha tranquilidad, y a don Baltasar sólo se le notaban los nervios por un continuo frotarse las manos. Ambos personajes están muy bien definidos en el libro de Marino Gómez-Santos, mientras que del tercero, don Florentino Díaz Flores, así como de los miembros de la cuadrilla del diestro, Atienza, El Mozo, Pinturas, Fausto y Chaves Flores, se habla muy de pasada. Parece que el autor quiere dejar al margen lo que se refiere a la vida profesional de su biografiado, y desea presentarnos el retrato espiritual de Santiago Martín. No es la biografía de El Viti, es el estudio del carácter de Santiago Martín. Y más que el estudio, se podría decir que es el planteamiento de las argumentaciones que nos lleva a cada uno a deducir quién es y cómo es este gran señor castellano que nació en Vitigudino.

FIESTA Española

AÑO IV :-: NUMERO 231
Madrid, 23 noviembre de 1965

Director:
Benjamín Bentura Remacha.

Redactor jefe:
Manuel F. Molés.

SALE LOS MARTES
EJEMPLAR:

7

PESETAS

Escelicer, S. A.—Canarias, 38.
Depósito legal: M. 7.359-1961